



La madre de un suicida sostiene la foto de boda de su hijo. Una imagen cada vez más frecuente en la India rural.



Morir de pobreza en India

se
suicidan
100,000
campesinos

Uno de los países más elogiados por su ritmo de crecimiento económico vive una paradoja: su campo está en crisis, al grado de orillar a sus trabajadores a quitarse la vida por deudas que no superan los 25,000 pesos.

POR ANA GABRIELA ROJAS / VIDARBHA, INDIA
FOTOGRAFÍAS: TOBIAS GEMPERLI

R

avi había decidido morir. Su esposa, Bhimbai Daaulat, una mujer india de 30 años, lo encontró agonizando cuando llegaba del mercado con algo de arroz y vegetales. Fue una sorpresa terrible.

Ravi, un pequeño agricultor, se había bebido lo que quedaba en el bote de pesticida. La pobreza lo había incitado a dar el paso.

Bhimbai lo había notado ausente, estaba callado últimamente, pero nunca imaginó que iba a quitarse la vida. "Fue la deuda de 100,000 rupias (unos 25,000 pesos) que tenía con el banco y con un prestamista, y que este año perdió la cosecha de algodón", se lamenta la afligida mujer.

Bhimbai rompe en llanto cuando recuerda que en los últimos meses le reprochaba a su marido que cada vez le daba menos dinero para comprar comida. Las lágrimas corren sobre su piel curtida por el sol.

Pese a que reaccionó de inmediato y lo trasladó al hospital casi arrastrando, con ayuda de los vecinos, todo fue inútil. Bhimbai se había quedado viuda, con una hija de nueve años, Laksmi, y con su suegra, Kamlatai, de 70, quienes dependen de ella. Sin trabajo y, peor aún, con la deuda pendiente.

Cinco meses después, Bhimbai lucha por sobrevivir. Trabaja como jornalera ocho horas diarias, de lunes a sábado, en el campo de un vecino. Los domingos "sólo" trabaja cuatro horas.

La vida no ha sido fácil para Bhimbai, y el sufrimiento no deja de reflejarse en su rostro. Nunca sonríe y aparenta al menos 10 años más de los que tiene. "Cuando mi marido vivía podíamos tener alguna esperanza. Ahora también nosotras estamos muertas", dice.

El único reto de cada día es conseguir alimentar a su hija y a su suegra; no puede pensar en nada más. Con las 200 rupias (unos 50 pesos) que gana a la semana, es imposible siquiera llenar tres estómagos. "Sólo el gobierno o los dioses me podrían ayudar", asegura la mujer. Su miseria es espeluznante. Esa misma tarde



El padre de esta adolescente se suicidó hace cinco años; desde entonces, ella tuvo que abandonar la escuela para dedicarse a trabajar el algodón.

Cuando mi marido vivía podíamos tener alguna esperanza. Ahora también nosotras estamos muertas.

ha ido al mercado y me muestra todo lo que ha podido comprar con el sueldo de esa semana: maíz, lentejas, azúcar, ajos, cebollas, condimentos y jabón para baño y ropa.

En la casa o, más bien, cuarto de adobe donde viven las mujeres, no hay más que algunas ollas de metal. No tienen baño ni electricidad. Ningún mueble ni camas. Dormirían en el suelo si no tuvieran unos trapos que hacen las veces de sábanas. →



Ravi se suicidó después de perder su cosecha. A la familia sólo le queda su foto, que preside esta ofrenda, y una deuda impagable.



Kamlati, madre de Ravi, lamenta la pérdida de su hijo, quien se hacía cargo de su manutención.

El único objeto de valor para Bhimbai es la fotografía de su boda con Ravi. La madre del difunto no deja de verla con sus ojos marchitos, cubiertos por el velo de algodón que los especialistas llamarían cataratas. Esta foto es lo único que le queda de su hijo. Ravi poseía una sola muda de ropa, que ahora cubre su cuerpo en la tumba.

Las manos arrugadas de su madre tiemblan todo el tiempo, pero nunca sueltan el retrato. "Nunca me hubiera imaginado que mi hijo se iba a suicidar. Su padre también sembraba algodón y estuvimos siempre bien", lamenta.

EPIDEMIA DE SUICIDIOS

El caso de Ravi es sólo uno entre la "epidemia de suicidios" de campesinos que azota India. Aunque las cifras del gobierno y de las organizaciones no gubernamentales difieren, los medios de comunicación hablan de que al menos 100,000 agricultores se han quitado la vida en ese país asiático en los últimos 15 años. A partir de los años noventa, el subcontinente se ha sumido en la peor crisis agraria desde su independencia, hace 60 años, dicen los expertos.

A pesar de que India sólo es superado por China como el país que más crece económicamente en la actualidad (9% anual), y de que su industria tecnológica se encuentra en pleno *boom*, los beneficiarios de todo eso son sólo una ínfima parte de sus 1,120 millones de habitantes. Las grandes masas de este país, tradicionalmente rural, siguen dependiendo de la agricultura. Todavía 68% de los que

trabajan se gana la vida en actividades relacionadas con el campo. Sin embargo, la contribución de este sector a la economía ha caído drásticamente de 38% en 1975 a 19% en la actualidad.

Eso explica por qué casi la mitad de los campesinos indios sueña con dedicarse a otra cosa y que muchos dejen su pequeño terruño para mudarse a las periferias de las grandes ciudades.

"Más vale vivir bajo un techo de plástico aquí que morir de hambre en el campo", cuenta Sanjitda, una inmigrante que vive en una ciudad perdida en las afueras de Nueva Delhi. Sus condiciones de vida son terribles, el baño no existe y tiene que caminar 300 metros hasta la fuente de agua más cercana. A pesar de todo, está convencida de que irse del campo era lo mejor que podía hacer: en la ciudad "hay más oportunidades", asegura. Ahora se dedica a pepear basura, con lo que contribuye a los ingresos de la familia. Gana el equivalente a 15 pesos por día de trabajo; ella explica con orgullo: "El doble que en el campo, con la mitad del esfuerzo".

En las pequeñas aldeas hay pocas posibilidades de empleo fuera de la agricultura y en ella las expectativas son pésimas; tanto, que cada año miles de esos trabajadores no ven otra opción y optan por quitarse la vida. Unos, como Ravi, beben pesticida; otros se ahorcan y algunos más se prenden fuego.

Durante décadas, la autosuficiencia para producir sus alimentos fue considerada un importante logro en un país tradicionalmente aquejado por la hambruna. Sin embargo, ahora "la situación se →

está deteriorando muy rápidamente y el sector agrícola puede llegar al colapso total si no se toman medidas inmediatas", alerta el presidente de la Comisión Nacional de Agricultores, M.S. Swaminathan.

Con más de dos tercios de la población trabajando la tierra, India no logra producir las 210 millones de toneladas de granos que necesita para cubrir sus necesidades. El año pasado se tuvieron que importar 10 millones de toneladas. Una de las razones de la baja productividad es que se pierden muchas cosechas porque 60% de ellas depende por completo de la temporada de lluvias, a lo que se añade que más de 40% de la producción se echa a perder porque no hay carreteras ni camiones en buenas condiciones para distribuirla.

LA GESTACIÓN DE LA EPIDEMIA

Desde que India firmó los tratados de la Organización Mundial de Comercio, el irónicamente llamado "proteccionismo del Estado" se vio obligado a quitar sus ayudas a los agricultores y a abrir el mercado a los extranjeros. Así, aumentaron los costos de producción al tiempo que disminuyeron los de venta. Los campesinos de India (90% con propiedades menores a las cuatro hectáreas), no estaban preparados para competir en esas condiciones.

"El sistema de tarifas permite a los países desarrollados proteger a sus campesinos, mientras que millones de sus iguales en países en vías de desarrollo sufren por las importaciones liberales. Quienes se aprovechan de esta situación son los oficiales de los gobiernos, comerciantes y prestamistas", dice Devinder Sharma, un destacado analista.

El fenómeno de suicidios masivos ha afectado a casi todos los estados de India. No se salva ni Karnataka, justo donde se encuentra Bangalore, "el Silicon Valley indio". Sin embargo, el epicentro de los suicidios es justamente donde vive la viuda Bhimbai. Se llama Vidarbha, un distrito en Maha-

rastra, estado al noroeste de país, cuya capital es Mumbai (antigua Bombay), el corazón económico de India.

En Vidharba se suicida un campesino cada ocho horas. Éste es el centro del conocido "cinturón del algodón". Antes, la zona era próspera, rica, sembrada por completo de "oro blanco", como se llamaba a la planta. Ahora huele a muerte. Parece un pueblo fantasma. Los que quedan vivos han perdido la ilusión.

El propio gobierno reconoce que el pago que reciben los agricultores por el algodón está hasta 30% por debajo del costo de producción. Además, el riesgo de que se pierda la cosecha es muy alto, ya que hay muchas plagas y cada vez son más resistentes a los pesticidas. Otro motivo importante en la crisis del sector es que se ha pasado de sembrar el algodón tradicional, la especie híbrida, a la genéticamente modificada, según acusan las ONG's.

"Por promesas de vendedores de las grandes empresas multinacionales y presiones del gobierno nos hemos visto obligados a cambiar. En el mercado ya no se encuentra la clase normal de algodón", asegura Naresh, un líder campesino en Vidarbha.

"Los cultivos de transgénicos necesitan de muchas sustancias químicas, sistemas de riego y semillas caras", cuenta Vandana Shiva, la ecologista de India más reconocida internacionalmente. Esto aumenta el costo de la cosecha, que se acaba perdiendo o vendiéndose a precios que no compensan. "Los campesinos se van empobreciendo a tal grado que su única salida es el suicidio", asegura la activista. →

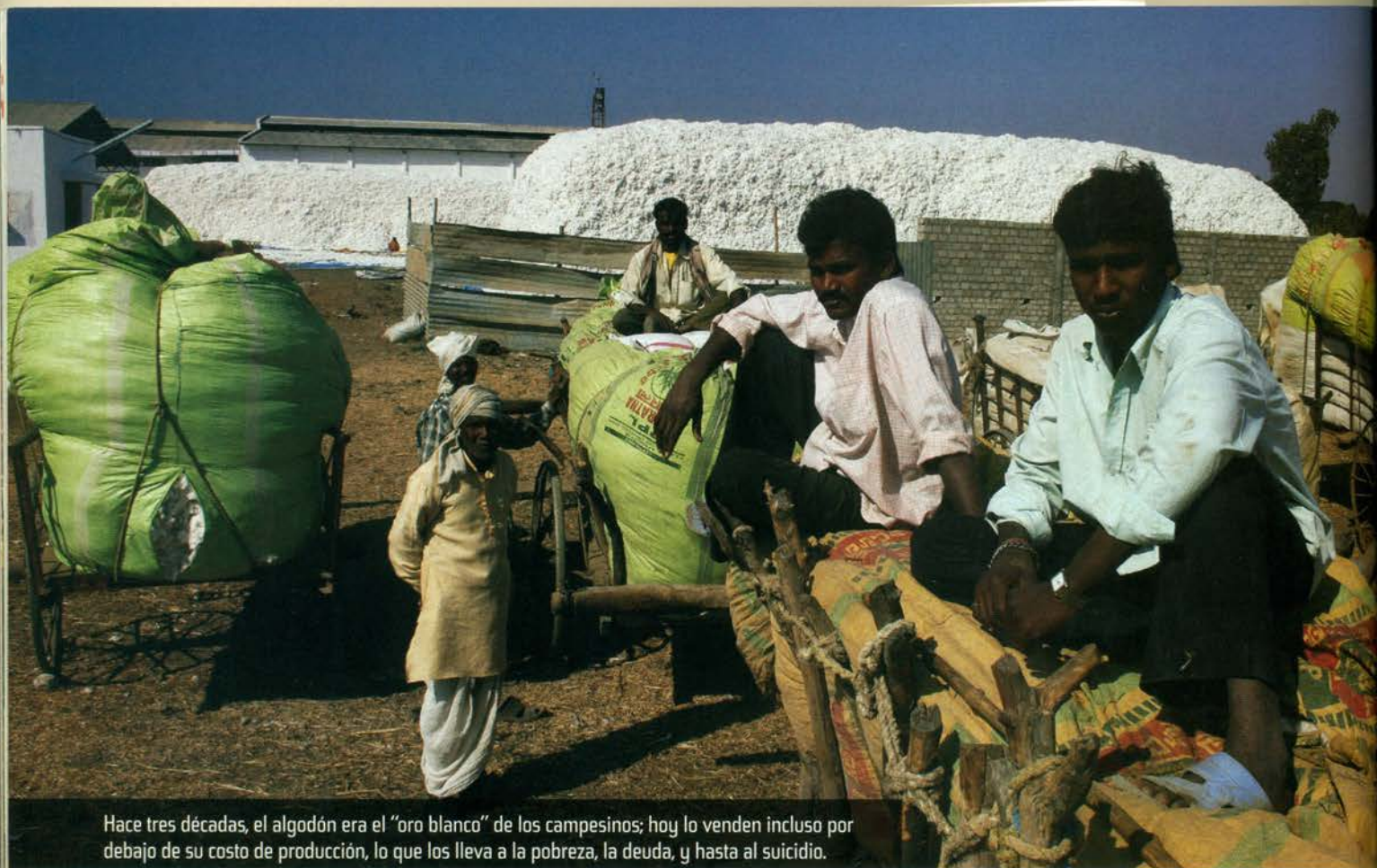
Un informe reconoce que dos millones de campesinos presentan el patrón de conducta de los suicidas.



En Vidarbha, el "cinturón del algodón", se suicida un campesino cada ocho horas.



En India rural las viudas no son bien vistas por la sociedad; los hombres llegan, incluso, a evitar cruzarse con ellas en las calles.



Hace tres décadas, el algodón era el "oro blanco" de los campesinos; hoy lo venden incluso por debajo de su costo de producción, lo que los lleva a la pobreza, la deuda, y hasta al suicidio.

La ecologista culpa de los suicidios al gobierno y a Monsanto, que es el líder en ventas de semillas de algodón transgénicas y de los pesticidas que necesitan. "No hay nada más maligno que una compañía que crea semillas estériles, que no van a dar otras semillas. ¡Si su esencia es justamente propagar la vida!", dice. Para Shiva el único objetivo de ésta y otras compañías es modificar genéticamente toda forma de vida, patentarla y que nadie los pare en sus ventas. Y todo al coste de las vidas de los agricultores. Por eso, la salida a este problema sería el retorno a la agricultura orgánica, dice.

PAGAR POR TRABAJAR

Otro de los enemigos de los campesinos son las plagas. Es muy fácil encontrar en las cosechas un gusano verde y peludo que devora cuanto algodón encuentra. Por las noches, los adultos se transforman en un tipo de mariposa y vuelan de planta en planta. Aunque ésta es una especie asiática, en Vidarbha se conoce como "gusano americano", porque los agricultores creen que también lo trajeron los vendedores de las grandes multinacionales.

En el intento por exterminar esta plaga, los agricultores compran cada vez más pesticidas. Mientras más potentes, más caros. "Pero no sirven para nada. Al contrario, es como si a los gusanos les gustaran los venenos", dice el líder campesino. Y así es como, tristemente, mientras los gusanos se reproducen, los hombres se suicidan.

Por si fuera poco, para recuperar sus cosechas, los agricultores piden préstamos a los bancos y a los prestamistas privados. Así entran en el círculo vicioso de las deudas, por las que deben pagar hasta 200% de interés anual. Pero la mayoría tarda al menos dos años en pagar, por lo que su deuda termina multiplicándose varias veces.

Algo similar le sucedió a Chandra Kala, que sólo se enteró de todo lo que debía su marido después de que éste se suicidara. Las deudas se transfieren a los familiares que sobreviven. "Mi marido se fue, pero los prestamistas no perdonan. Yo tendré que pagar la deuda que es casi 10 veces lo que le dieron. ¿Cómo puede ser posible?", se pregunta Chandra, mientras espanta las moscas a sus hijos de uno y tres años. Ambos niños tienen los ojos y las barrigas saltonas por la malnutrición.

"Estamos perdiendo, y mucho, por sembrar algodón. ¿Quién puede creer eso?", dice indignado Ayhodi. Él ha sufrido el suicidio de sus dos hermanos, que también cultivaban esta planta. "Yo soy el próximo", bromea de forma bastante tétrica. Porque además de pagar para trabajar, ahora tiene que pagar a los prestamistas la deuda de sus dos hermanos y mantener a sus cinco sobrinos que quedaron huérfanos.

Aquí el campo va quedando desierto poco a poco. En las aldeas ya nadie se sorprende de ver un funeral; de acuerdo con las historias que cuentan a los visitantes, está sobreentendido que fue un suicidio y sólo se preguntan: "¿Y ahora quién es la viuda?". También dicen que cada vez se ve más pobreza y se sufre más hambre, lo que nunca antes se había visto en el lugar. "Estamos muriendo de pobreza", se oye decir constantemente.

En el estado viven 10 millones de personas en condiciones de estrés por el mal negocio que resulta la producción de algodón, según una investigación oficial titulada *Suicidios de campesinos en Maharashtra, visión general*. El documento cita que, de entre éstos, "dos millones están en máximo peligro", por lo que se consideran suicidas potenciales. →

"India rural no se está suicidando, está siendo asesinada por la política del Estado", asegura Kishor Tiwari, el activista que ha dado a conocer internacionalmente el fenómeno de los suicidios masivos.

El impuesto para importar el algodón que usa la industria textil, una de las más importantes de India, es de apenas 10%. En los últimos cinco años ha llegado más algodón del extranjero, principalmente de Estados Unidos, que en los 20 años anteriores, dice Tiwari. "El gobierno es solamente un títere que cumple los mandatos del gran George Bush, que está subsidiando a sus paisanos a cambio de la vida de los indios", dice tajante.

A Tiwari se le conoce como "el señor de la lista de los muertos" porque empezó por su cuenta a documentar cada caso de suicidio en Vidarbha. "Para que el gobierno dijera la verdad y no achacara

donde se dirige a los agricultores. Éstos lo rodean en decenas. Todos le escuchan sentados en el piso, vestidos de manta.

"Lo mejor es dejar la cosecha del algodón y sembrar vegetales orgánicos", les decía una y otra vez el día de la entrevista. Todos siguen sus palabras con atención, pero al parecer pocos entienden. Sólo uno de sus seguidores se atreve a preguntar: "¿Pero es que los que siembran otra cosa diferente al algodón obtienen ganancias?".

—"¡No!"—dice Tiwari con un grito que hace brincar a todos—. "Pero al menos tienen qué comer. Y ustedes ni eso", contesta con la sonrisa irónica que le caracteriza.

¿AYUDAS? ¡NO, GRACIAS!

Cuando el gobierno considera que un caso es un "genuino suicidio por empobrecimiento" le da a la familia unas 100,000 rupias, o unos 25,000 pesos. Sin embargo, esa cifra es apenas el promedio de la deuda de los granjeros. Así que muchas familias, tras la muerte del patriarca, tienen que conformarse con pagar el préstamo que éste obtuvo. Y a veces, ni siquiera eso.

El año pasado el gobierno dio además un "paquete de ayuda" en algunos estados; muchos lo consideraron un problema más. Uno de esos casos es el de Kamlabai Gudhe, quien, como algunas otras familias de víctimas, recibió "casi de manera obligatoria" un subsidio para que comprara una vaca. El problema fue que el gobierno puso sólo una parte, y ella tuvo que aportar 5,500 rupias más (casi 1,400 pesos).

"¿Para qué quiero yo una vaca? El animal da tan poca leche que ni siquiera alcanza para mantenerlo. Además, come más que todos mis hijos juntos", dice Kamlabai. La mujer asegura que ya ha regalado al rumiante dos veces, pero que se lo han regresado porque es muy caro mantenerlo. Ahora tiene que pagar para que un vecino se la cuide mientras ella se va a trabajar, como casi todas las viudas, como jornalera.

En cualquier caso, queda claro que el problema del suicidio no son sólo los muertos, sino las más de 100,000 familias desamparadas que han dejado. La muerte del marido deja a la mujer indefensa. En India, la discriminación hacia el sexo femenino es hiriente. Existe prejuicio en general hacia ellas, y en particular hacia las viudas. Una viuda rara vez consigue un trabajo. Y si lo consigue, como Bhimbai Daulat, le pagan la mitad de lo que le pagarían a un hombre.

En algunos pueblos pasar enfrente de ellas es considerado un signo de mala suerte, por lo que la mayoría las evade y ni les dirige la mirada. "Además de que

perdí a mi marido, la gente del pueblo me tiene aislada. Piensan que fui yo la culpable", dice Bhimbai.

También quedan los hijos. Muchos tienen que dejar de ir a la escuela para ponerse a trabajar. La única opción: de jornaleros en el campo. "Desde que se fue mi papá, mi mamá nos manda a la escuela porque dice que primero hay que comer", señala cabizbaja una huérfana de 12 años. Dice que a ella le hubiera gustado ser maestra, pero que ahora lo único que quiere es que sus hermanos pequeños no lloren de hambre. **S**



Al atardecer, Laksmi y Bhimbai, huérfana y viuda, descansan afuera de su casa de adobe. Una escena común en el distrito de Vidarbha.

Una viuda rara vez consigue un trabajo, y si lo hace, le pagan la mitad de lo que ganaría un hombre.

las defunciones a causas tan absurdas como mordeduras de serpiente", cuenta. En 2006 detalló la muerte de más de 1,100 granjeros sólo en su distrito. Por cada uno ha dibujado una calavera en un mapa gigante que tiene detrás de su escritorio. Gracias a la presión que ha ejercido, el primer ministro de India, Manmohan Singh, visitó el año pasado el distrito y prometió ayuda, pero hasta hoy el ritmo de suicidios no ha disminuido.

Ahora Tiwari encabeza el movimiento de campesinos en Vidarbha. Es fácil verle hablar desde su trono, una silla de plástico, desde